



# Infancia, poesía que canta

## A la Tierra, al Cielo, al Sol

Para Axel Yehudi y Ángel Iari

**Dra. Jaqueline Zapata**  
 Universidad Autónoma de  
 Querétaro  
 jackiezapata21@gmail.com

### Resumen:

*Infancia, Poesía que Canta –a la tierra, al Cielo, al Sol* es un texto poético-alegórico que lleva al encuentro con la esperanza, la paz que traen niños y niñas al mundo; con la magia, la maravilla, la belleza y gloria, que para éste, es su vida. Cada niño, niña que nace en esta tierra es milagro de vida, metáfora de amor que le envuelve, es luz que le guía –sostiene la tesis de fondo. Y, más aún, sus letras sustentan que *niños y niñas amparan al mundo –y no viceversa*. De ahí la urgencia de apreciar el milagro, el misterio de amor que en su vida se revela. Y que, a la par, se rebela para que ya no se le quebrante biopolíticamente, y ni siquiera teórica, epistémicamente (lo cual se hace al convertirles en simples objetos de estudio). En suma, el texto muestra que la vida de niños y niñas es canto –de amor- a la tierra que da vida, al brillante cielo azul, y al sol que ilumina el día. Canto de Amor con el envuelven luminosamente a la humanidad –llamándole así a recuperarse como tal. Magisterio de Vida, en fin, frente al que cabe el respeto, la reverencia.

**Palabras Clave:** Infancia, Poesía que Canta, Canto de Amor, Magisterio de Vida.

### Abstract

*Infancy, Poetry that Sings –to the Earth, the Sky, the Sun* is a poetical-alegorical text that leads us to an encounter with the hope, the peace that children bring to the world; with the magic, the marvel, the beauty and glory that are its life. Every boy, girl that is born in this earth is a life miracle, love metaphor that embraces it, light that guides it –is what the thesis holds basically. Furthermore, its words hold that *boys and girls shelter the world –and not viceversa*. Thus, the urgency to appreciate the miracle, the love mystery that is revealed in their life. And it rebels alongside, so that it is not broken politically, not even theoretically, epistemically (which is done by converting them in simple study objects). Summing

it up, the text shows that the life of boys and girls is song –of love– to the earth which gives life, to the brilliant blue sky and the sun that lights up the day. Song of Love with which they luminously embrace humanity – calling it to recover as such. Life Teaching, at the end, which faced with, in light of the love that each boy and girl from this earth is, calls for respect and reverence.

**Key Words:** Infancy, Poetry that Sings, Song of Love, Life Teaching.

*El niño es el amparo del hombre  
y no viceversa*

### Preámbulo

*Infancia*<sup>1</sup>, *Poesía que Canta...* es un texto poético-alegórico que convoca a ir de camino al encuentro con la esperanza, la paz que traen niños y niñas al mundo; con la magia, la maravilla, la belleza y gloria, que para éste, es su vida. Cada niño, niña que nace en esta tierra es milagro de vida, metáfora de amor que le envuelve, es luz que le guía. Estas letras invitan a recordarlo. Convocan a vivir la auténtica maravilla que sería celebrarlo.

Invitación, convocatoria que, por principio, rinde honor al *Canto de Vida* de niños y niñas. Canto de amor a la tierra, al cielo, al sol. Canto que es luz de Sol, luz de Amor. Amor que es Belleza, Verdad, Bondad. Amor que es Paz. Amor que obra en Serenidad. Amor que es pura Sensibilidad. Amor que es Sabiduría –que alumbra en lo alto. Amor que resplandece aún más en la noche –del mundo. Amor glorioso. Amor, Canto de Vida, Canto de Poeta-Niño/Niña... Canto por la Tierra que da Vida. Canto por el brillante Cielo de Luz. Y, por el Sol que ilumina el Día.

El Canto de Vida de niños y niñas acontece en la belleza, la maravilla; la gracia que en y por ellos(as) fluye en esta tierra. Este texto celebra este canto, y brinda reverencia al Magisterio de Vida con el cual la envuelven. Aprecia y agradece su Maestría de Corazón –limpio, transparente, puro... dado lo cual

niños y niñas amparan al mundo, sostienen a la humanidad –y no viceversa. Sí, la natalidad –constante– de niños y niñas en esta tierra, es áncora y base para el mundo, es abrazo cordial para la humanidad perdida en sus propios avatares. Su alumbramiento, es luz que ilumina, es cultivo florecimiento de vida.

La vida de niños y niñas es canto que irradia en la tierra segundo a segundo, es la luz del cielo azul y, la luminosidad dorada del sol para el mundo, para la humanidad. Por ello cabe el reconocimiento, el aprecio, la reverencia a la bella misión, a la encomienda cósmica que tan hermosamente cumplen niños y niñas. Misión de su espíritu de amor, guardado, silencioso (sereno), pero vivo, en el centro de su cuerpo, en el centro del cosmos, su corazón de niño-a.

*Infancia, Poesía que Canta –a la Tierra, al Cielo, al Sol*, celebra, en suma, la vida de niños y niñas de esta tierra, con-memora la serena y juguetona armonía con la que envuelven la tierra. Y, así, la sensibilidad cósmica y la sabiduría del amor que irradia la vida de niños y niñas. Es un texto que abona e impulsa el nacimiento de una *Poética de la Infancia*, dejando abierta la posibilidad de respeto, de reverencia al Canto de Amor de nuestros niños y niñas, de nuestros(as) Maestros(as) de Vida.

### Infancia, Canto de Amor a la Tierra

Los niños, las niñas son poesía que canta. Son poesía sonora y colorida. Son danza, vuelo y flor. Poesía inundada de luz y color. Poesía que multiplica sueños porque es tintineo, imagen, canción<sup>2</sup>. Poesía que cual arcoíris "...despierta en las sílabas, asombro de pájaros y soles, un transformador de la piedra en ave, de la sed en río, de la palabra en canto" (Puentes, 2004, p. 3). La infancia es canto, es creación de vida, tal cual la poesía. Creación poética que funda mundo en esta tierra –y la honra. En efecto, "el mundo puede existir porque todavía hay niños(as), porque hay infancia" (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 5).

<sup>1</sup> Empleamos aquí la palabra infancia en un intento de reivindicar la significación de la palabra, y no para referir con ella <a quien no habla>, porque niños y niñas, en todo caso "no hablan" pero (en) el lenguaje de la razón, porque su lenguaje es el del Espíritu de Amor –el cual en toda su vida vibra.

Más aún, “el día que el mundo deje de ser un infante, desaparecerá”<sup>3</sup>, recordamos con F. Pessoa, un poeta-niño, un niño-poeta; un niño eterno. No hay duda, el mundo, la vida sin infancia no tiene sentido. Por ello, acentuamos con nuestro poeta que “la infancia es la esencia del mundo, de la naturaleza” (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 5), de la vida (agregamos aquí). La infancia es poesía que canta a la tierra que da vida, dada su pureza, inocencia, claridad, limpidez de corazón. Su belleza. Dada la maravilla y gloria que para la tierra es su vida. Dada su comunión con lo sagrado, con todo lo que es vida.

En su conexión cósmica, en la comunión, la infancia vive la fuerza secreta del mundo, el misterio de vida que abraza la tierra. En la comunión el poeta-niño descubre el misterio, dada la poesía, la inocencia que le embarga. Inocencia perdida demasiado pronto por la humanidad, empero que podría recobrar apenas se dejase envolver por ese amor que se devela en la mirada limpia de niños y niñas de esta tierra.

Mirada limpia que refleja el corazón de niño(a), de maestro(a) de vida. Limpidez, pureza, inocencia, claridad, vivacidad, transparencia de corazón. Infancia, poesía, plenitud, <cántico espiritual>, lucidez (traslación del decir de Paz sobre la poesía a la infancia) en medio de la tiniebla del mundo, “fuerza capaz de revelar a la humanidad sus sueños y de invitarla a vivirlos, en pleno día” (Paz, 1982, p. 105). Sí, la infancia es rebelión que no sueña, es el sueño mismo. De ahí que su vida diga –aún sin hablar-, tierra pródiga, a ti te canto. Canto de amor a esta tierra –tan llena de vida, tan plena de gracia (aunque los avatares del mundo no dejen ni siquiera pre-sentirla).

Canto de amor de niño-poeta, de poeta-niño, como el himno a la tierra de Pablo Neruda, justo aquél que dice, “a ti, fertilidad, entraña verde, / madre, materia, vegetal tesoro, / fecundación, aumento, / yo canto, yo, poeta, / yo, hierba, raíz, grano, / corola, sílaba de la tierra... /” (Neruda, 2005, p. 86). Sí, cada niño, niña que llega a la tierra es fruto de

su fertilidad, de su renovación natural. Niños y niñas vienen a renovar el mundo, a recrear la historia. De ahí que su llegada a la tierra sea auténtico canto.

Su vida es renacimiento constante, y ello es gloria a la entraña verde, a la madre naturaleza, a la materia viva, al vegetal tesoro. Cada niño, cada niña es vida, fruto del carácter fecundo de la tierra. Su vida, expande, aumenta la luz de la tierra. La vida de niños y niñas es canto, tangible en sus movimientos vitales, en su tierna sabiduría, en su esplendor espiritual. En su belleza, en la maravilla y gloria que para el mundo es su vida. Niños y niñas son raíz, grano, corola, sílaba, palabra viva de la tierra.

La vida de niños y niñas cual canto de amor a la tierra es copa clara, copa llena, de agua limpia, de vino vivo. Copa llena, no de agonía, ni de pérdidas, ni de sobrecogedoras telarañas, ni de color de infierno. La copa de la infancia está llena de vida, de abundancia desbordante, de limpieza de mirada, de color de cielo. La infancia es luz que inunda la tierra, que resplandece en ella desde el alumbramiento, el nacimiento de niños y niñas. Luz que irradia en sus primeros días, semanas, meses, inextinguible luz en su vida entera.

Luz sobre la tierra es el nacimiento, la vida de niños y niñas. Luz, canto de vida para que la humanidad no se hunda en agujeros negros, no se sumerja en el luto,. El canto de niños y niñas indica al mundo que la vida es bella. Sugiere a la humanidad que no reniegue de ella, que no adopte, ni halague la desdicha, que la rechace. Que se reencuentre, en unidad fraterna. Y cante, cante de alegría.

No hay duda, la belleza de niños y niñas está en la alegría que reparten en el mundo. Sí, su revoloteo en parques, en patios de kindergarden, nos advierte que la alegría no tendría que ser en el mundo, hoja caída. Porque la alegría –recuerda la son/risa de niños y niñas-, como la tierra es necesaria. “Como el fuego, sustenta ( ) los hogares / como el pan (es)

<sup>3</sup>S. Puentes, considera así la poesía, decir que extendemos para la infancia –que por principio es *poesía*.

pura / como el agua de un río (es) sonora / como una abeja, reparte () miel volando” (Neruda, 2005, pp. 27-28).

Más aún, en el canto del poeta (con corazón de niño, que estas líneas inspira), apunta –como la vida de cada niño, niña- que no cabe desdeñar la alegría. Y señala como frente al consejo de la luna, y lo que dejan ver los anteojos civilizados, cabe no colocar el nimbo oscuro o la corona negra que per se imponen. El canto de vida de nuestros niños y niñas nos muestra que para la humanidad aún es temprano, que cabe no quemar el corazón con la zarza del tormento. Que cabe no cerrar los ojos a la rosa, al vuelo de los pájaros.

Amparar al mundo, lo presintió el poeta (niño de corazón), como lo siente cada niño, niña –cuando en su pecho estalla la cascada de la alegría- no supone darle juego al dolo-r del mundo, sino dejarse acompañar por el júbilo que da la vida. E ir de pueblo en pueblo, de comarca en comarca, para que todos (isleños, mineros, guardabosques, leñadores solitarios, valientes muchachos en sus luchas, ciudadanos, profesores universitarios –si lo permiten) reciban sus racimos. “Contigo por el mundo! / Con mi canto! / Con el vuelo entreabierto / de la estrella / Y con el regocijo / de la espuma...” (Neruda, 2005, p. 29) –sí, así iba P. Neruda –como van los niños.

Y justo así, como dicen los niños, las niñas de esta tierra, decía el poeta de corazón al fin alegre, “...Voy a cumplir con todos / porque debo / a todos mi alegría. No se sorprenda a nadie porque quiero / entregar a los hombres / los dones de la tierra / Porque aprendí luchando / que es mi deber terrestre / propagar la alegría / Y cumplo mi destino / con mi canto” (Neruda, 2005, pp. 29-30). Niños y niñas llegan a la tierra y cumplen su misión, inundando su entorno de alegría, entregando a todos, <los dones de la tierra>, es su misión terrestre, su encomienda celeste.

Este decir podría parecer extraño, sin embargo, girando la mirada, y encontrando lo esencial, aquello que sólo puede verse desde el corazón, podemos nuevamente pre-ver que, en efecto, la vida de niños y niñas en esta tierra es canto, canto de poeta. Canto que se atreve a ir más allá del espanto y de la ira, de la tristeza, de la angustia que provoca el mundo. En

el que de pronto, ya ni es posible ver la abundancia celeste, sino el exceso de tierra arrojada al fuego. Y por lo cual la naturaleza misma deviene extranjera, muda para el hombre.

Sí, la vida de niños y niñas es canto en esta tierra. De la cual el mundo emerge –y se eleva- haciéndose extraño a ella. Mundo perdido en la violencia, en el dolo-r fraticida, en el desgarramiento de niños, niñas, de jóvenes estudiantes de magisterio<sup>4</sup>. En el abandono de la tierra. Mundo en el que, en extremo, la vida misma parece haber perdido todo significado. Mundo invadido por la muerte, el espanto, la indiferencia, la ira, el triste consuelo. Empero, niños y niñas como los poetas valientes, están más allá del espanto<sup>5</sup>, más allá del miedo, llevando a cada instante –como lo hacen los primeros-, y en cada letra –como los segundos-, al reencuentro de la vida, del valor de la vida, recordándolo ahí, donde el olvido es claro.

He ahí la riqueza de la vida de niños y niñas, de su vida como canto a la renovación de la tierra, al reencuentro *sin* miedo de la naturaleza profunda de la belleza, la gratuidad de la vida, la gracia de vivir –en este planeta. Niños y niñas son la expresión viva de la belleza, de la gracia. Expresión tangible en su pureza, su inocencia, claridad, limpidez de corazón; en su libertad. Así es, los niños son libres de la esclavitud de las pasiones, libres de perturbaciones, ofuscaciones, iras y quejas. Su corazón no empañado, antes bien, purificado por el fuego de su sabiduría interior, les permite la conexión directa con la naturaleza, con el cosmos, con la energía que sostiene la vida.

De ahí su posibilidad de convertir la nada –en todo. De ahí su belleza, su gracia. Y, efectivamente, con niños y niñas todo *lo que es* vida, es ronda, ronda infinita. Juego, alegría vital, aquella que siempre traen, como misión terrestre, ahí donde van. Todo es ronda, danza infinita de creación y, vacuidad. Gabriela

<sup>4</sup> Desgarramientos que generan los Crímenes de Estado, los Gobiernos Genocidas que hacen desaparecer a jóvenes-maestros, v.gr., -en formación- de una escuela cercana al campo, a la naturaleza; la Esc. Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, Gro. Frente, a lo que con todo, cabe la esperanza de su vida –no pulverizada-porque el amor que irradian aquí en la tierra, se expandirá aún más desde lo alto.

<sup>5</sup> Lo cual no es indolencia, tampoco indiferencia, es solidaridad, proximidad total, compromiso pleno con la vida.

Mistral junto con niños y niñas, presintió la verdad de este fondo, por ello, al unísono cantaban: “Los astros son rondas de niños / jugando la tierra a espiar / los trigos son talles de niñas / jugando a ondular... , a ondular / Los ríos son rondas de niños / jugando a encontrarse en el mar / las olas son rondas de niñas / jugando a la Tierra abrazar” (Mistral, 2004, p. 101).

La conexión cósmica de este hermoso poema del corazón de niña –eterna, de ahí su Maestría con la palabra- de G. Mistral, nos recuerda la conexión de la infancia con todo lo que es vida. Sutil lazo de amor con la naturaleza, en nada extranjera para niños y niñas, en nada muda para su corazón. Tanta es su conexión que los niños duermen pre-sintiendo que a los pies tienen la luna, y en la cabecera al sol. Sí, la infancia no conoce la separación –porque el ego voraz y, su razón aún no la ha podido capturar. Niños y niñas se mueven entre lo humano, lo divino y natural, sin separarles. De ahí su armonía vital.

Armonía que deviene de su belleza, de su gracia – con todo lo cual envuelven al mundo, amparan al hombre, sostienen a la humanidad, y no viceversa. Armonía procedente de su removida serenidad – ante el mundo. Y aquí viene bien aquél verso que reza, “¡más vale ser niño que comprender el mundo!” (Pessoa, 2003, p. 93). En efecto, niños y niñas saltan, ríen, juegan, alegran al mundo dada su serenidad ante él. Armonía, serenidad que enlazan con la alegría procedente de su sensibilidad cósmica, espiritual –quebrada demasiado pronto en la humanidad, dadas las tristes contingencias del mundo.

Armonía de la serenidad y alegría de la sensibilidad cósmica... eminente canto de amor con el cual niños y niñas alumbran, envuelven la tierra. Armonía, alegría; rayo y llama viva para esta humanidad. Para las que ésta última podría prepararse para aferrarles. Le bastaría volver la mirada a la infancia, y aprender de la maestría de corazón de niños y niñas. Maestría con la cual brota la sutil sabiduría del amor con la que envuelven, con todo, a este mundo. Y, desde la cual la gracia –que es su vida-, expandida en esta tierra –le canta sin parar.

### **Infancia, Canto de Cielo**

La infancia es poesía que canta, es gracia viva derramada –desde el cielo- a la tierra. Gracia, espíritu

poético, creador que pinta desde allá un puente – dorado, sagrado- hacia este suelo, y cuya estela es pureza esencial. Ajena a la pesada servidumbre y gravamen de la realidad mundana. Porque es poesía, porque es infancia que canta a la tierra, y a la par, al cielo, al sol. A la luz del cielo –que brilla eternamente. Al deslumbrante azul cielo. Al radiante cielo –azul-, silenciosamente, sereno.

La infancia canta a esa vasta región luciente, <...a ese prado de bienandanza>, espacio infinito <que ni al hielo, ni con el rayo ardiente fallece>. ¿Por qué niños y niñas cantarían a tan fértil e infinito espacio? Será porque es, como fantásticamente alegorizara Fray Luis de León, “productor eterno de consuelo” (Fray Luis de León). El corazón de niño, niña tiene el privilegio de sacar hacia fuera este canto –de cielo. Canto procedente de la energía que en él se resguarda, la energía del espíritu de amor. Energía guardada, silenciosa (serena), pero viva, en el centro del cosmos; el corazón de niño.

Un corazón limpio, transparente y puro –ya decíamos en el anterior parágrafo. Un corazón desde el que se alcanza a ver más allá. Un corazón que deja limpias las ventanas de la percepción, como bien quería W. Blake, justo para que <todas las cosas aparezcan> tan cual: infinitas. (Blake en Paniagua, 2007, p. 2). Ciertamente, si hay un momento en la vida del ser humano en que puede ver las cosas tal cual, sin velos, es en la infancia. Por esta posibilidad de conectar con el infinito –cielo de luz, la infancia es canto... azul. Azul cielo. Canto claro, procedente del reino de lo liviano.

Justo el reino en el que se puede poner a cantar el corazón. Porque en él vibra la energía más grande del universo, el amor. Porque en él hay ternura rebotante –que irradia calidez, inocencia, apertura. Niños y niñas cantan dado su corazón abierto, dada su conexión cósmica, celestial. De ahí su flexibilidad, su permeabilidad, su *amorevolezza* e *benevolezza*. Y también su sinceridad, su nobleza de ánimo, su generosidad, su cordialidad. Su justo humor y, en creatividad. Y, por tanto su libertad.

Poner a cantar el corazón, supone conexión, implica libertad. Situación no fácil ya para la humanidad, dados los condicionantes sociales, culturales,

históricos, políticos, económicos que tanto llegan a transformar el corazón en cer-razón, en dificultad de vivir en la ternura, de comunicarla, de recibirla. Y así, en la forja de los caracteres opuestos a la sinceridad, la responsabilidad, la nobleza de ánimo, la generosidad, la cordialidad, el respeto, la confianza, la creatividad, la libertad.

No hay duda, la humanidad pierde su infancia al perder la posibilidad de vivir en plenitud, en libertad. En otras palabras, la humanidad tan bien dotada se torna inválida cuando ya no puede poner <a danzar su corazón>, cuando no puede poner <a cantar su corazón>, cuando ya no puede <poner al viento a volar (su) corazón>. Si el corazón de la humanidad no puede volar, tampoco puede al cielo llegar (al cielo de libertad, de solidaridad, de fraternidad). De ahí la trascendencia de la vida de la infancia en esta tierra. Vida que es celebración, canto de amor a la tierra, al cielo, al sol.

Y para que la humanidad pierda su invalidez, recupere el canto y la danza de su corazón, niños y niñas vienen a la tierra con una fórmula mágica para ello, su sonrisa clara, franca, transparente. Sonrisa que es canto de cielo... azul. Canto que inunda, que abraza la tierra. Sí, en la sonrisa de niños y niñas está su aporte al mundo. Parecería un aporte minúsculo, pero resulta que "lo pequeño crece y crece como aquel minúsculo guijarro arrojado a un estanque, (el cual forma) un bello círculo que se expande en ondas (que se multiplican) hasta llegar a la orilla y retornar con sutil y silencioso movimiento" (Meza, 2010, p. 10).

Y, sin duda, en lo infinitamente pequeño –la sonrisa de un niño- se encierran grandes misterios y verdades. ¿Dónde mora la esencia de la sonrisa de niños y niñas? Buena pregunta para la humanidad. Ya decíamos antes, de volver la mirada a la infancia, la humanidad podría recobrase. Y de seguir el horizonte de la sonrisa infantil, encontraría la morada del infinito. Se toparía con el cielo azul, con el majestuoso amparo del azul del cielo.

Amparo cantarino, jugueteón es la sonrisa tierna de la infancia. Sonrisa tierna, haz de luz, música, arte de la aurora –de la humanidad. Sí, en la sonrisa tierna de niños y niñas, en su sonrisa de corazón se mues-

tra su fuente, el Amor, su verdadero padre y madre, su luz, su casa, su infinito; la fuente inagotable de la que provienen. De ahí la belleza. De ahí su gracia –celestial. *Lo divino que sonrío y juego* <sup>6</sup>(Pessoa, 2000) envolviendo al mundo en su paz.

La armonía vital de la sonrisa tierna de niños y niñas es canto azul para la tierra, para el mundo entristecido. Armonía que se expande a través de la risa cantarina de grupos de niños que viven jugando, que jugando viven. Son/risas tiernas, dulces son/risas, portento de sinfonías, sin fin. Armonía, bella música, la más bella, no de instrumentos musicales, sino de corazones angelicales.

Inaudita aportación de la infancia para el mundo. F. Pessoa decía que <la infancia es principio activo del mundo>. Más aún, refrendaba, lo mejor de todo, en este mundo, es ser niño (o niña). "Grandes son la poesía, la bondad y los bailes.../ pero lo mejor del mundo son los niños" (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 55). Estamos de acuerdo con F. Pessoa, porque los niños, las niñas son como estrellas en el cielo, cuando sonrían a nadie marginan, a todos iluminan.

La sonrisa azul de niños y niñas, es clara, alegre. Y esa tonalidad no es un pedacito de cielo –para esta tierra-, sino todo el firmamento. Todo un firmamento florido de astros, luminoso de estrellas, adornado de nubes, con lo que todo, charco, flor, gusano, en la tierra se dignifica. Gran riqueza trae consigo el resplandor sonriente de un niño, como justo cielo deja unciones de estrellas, pone besos de amor a todo ser viviente.

Por la alegría de poeta expresa en su sonrisa, <el niño es el padre del hombre> –decía esto último Pessoa. Y en prosecución de este verso podemos, reiterar aquí que el niño es el amparo del hombre, y no viceversa. Pessoa, además cantaba, "No hay tristezas / ni alegrías / en nuestra vida / Sepamos así, sabios incautos, / no vivirla, / pero recorrerla, / tranquilos, plácidos, / teniendo a los niños / por maestros nuestros, / y con los ojos llenos / (de sereno azul cielo)...". (García, 2007, p. 4, en Reis, 2000, p. 81, en Fonseca, 2006, p. 40)). Padre, maestro, áncora y base es el niño para el mundo, bien cabría apreciarlo.

Sí que cabría porque niños y niñas están aquí para inspirar –a la humanidad- a volar, a volar tan alto,

que en uno, dos, tres, el firmamento podría alcanzar. Con este alcance quienes pueblan la tierra, hombres, mujeres... no perderían claridad, y entonces tendrían su añorada libertad. Aquella que arraiga en la fraternidad, en la solidaridad –total.

Enorme fuente de inspiración y libertad es la alegría, la sonrisa celestial de niños y niñas, podemos coleccionar aquí. Olas de alegría para el alma humana trae la infancia cual poesía que canta. Olas de libertad, trae su júbilo, su gozo en el juego, su deseo y capacidad de crear, de imaginar. En la serenidad removida, la sensibilidad creadora de niños y niñas, en su juego festivo, incansable, hay un misterio incapturable. Cabe dejar jugar a niños y niñas, cabe dejar que su alegría inunde la tierra y alcance el cielo... porque "...en los rieles gira, dilatando la razón, / ese tren de cuerda / que se llama corazón" (Fonseca, 2006, p. 8).

Niños y niñas son el amparo de la humanidad, y no viceversa, porque cuando ellos-as juegan, cuando se les oye jugar, reír, cantar, algo dentro del alma, se comienza al cielo elevar. Sí, la infancia es música auroral, canto celestial. Entusiasmo total. Así es la música, así la infancia, dado su despilfarro, su desbordamiento vital. Vida que resplandece. Vida que es luz y sonido estremecedor, enternecedor. Flujo continuo es la melodía, la armonía incondicionada; la vida de niños y niñas.

Infancia, canto de cielo, "(triunfo) de la belleza sobre el sufrimiento inherente a la vida" (Nietzsche, 2001, p. 183). En efecto, la melodía de la infancia es alegría primordial... su entusiasmo vital es música auroral. Alegría que transmuta lo horrible de la vida, "aparece como instinto artístico, con su sonrisa, como niño que juega" (Nietzsche, 2001, p. 190). No hay duda, la infancia más que promesa y esperanza del mundo, es canto vivo, realidad que lo re-crea cada vez, que lo torna bello.

La infancia cual poesía que canta –al brillante cielo azul-, es luz y sonido de elucidación infinita. Luz y sonido indescifrable en su magia. La infancia es poesía, es sabiduría, serena majestuosidad de tono dulce y alegre. Infancia dulce y serena (de ahí su despilfarro vital), remoción perenne creadora simple y sencillamente, de belleza, de felicidad. Y frente a ello cabe, la admiración, la reverencia adulta, cien-

tífica, filosófica... La reverencia, precisamente, del mundo entero.

Sin infancia el mundo, la humanidad no tiene sentido. Sin ella caería una y otra vez de bruces, enterrando los ojos en la charca, y en el polvo oscuro quedaría. Pero la infancia –cual poesía que canta-, levanta, inspira. Insta a levantar el vuelo. Hace que la humanidad decida levantar los ojos y pose su mirada en la luz –de las estrellas. Luz que, además se refleja traslúcidamente, en los ojos de cielo, y mirada de sol de los niños.

Luz de cielo, luz de sol filtrada, reflejada por niños y niñas de esta tierra hasta el corazón de la humanidad, sólo porque como al sol, ellos y ellas le quieren ver brillar. De ahí la calidez de niños y niñas, de ahí su luminosidad. De ahí que ante el sol que cada día ilumina, ellos canten, buenos días sol, estamos listos para jugar, estamos listos para a la humanidad junto contigo, iluminar.

### ***Infancia, Canto de Sol***

La vida de niños y niñas es la claridad del día. Es la luz del sol extendida en el mundo y su caminos. Claridad, luz de sol reflejada en su tierna mirada, en su dulce sonrisa, en su patente belleza. En su maravilla, en su gracia. Gracia que los poetas, como A. Reyes, nos descubren como en aquél poema que es todo un canto... "No cabe duda: de niño, / a mi me seguía el sol. / Andaba detrás de mí / como perrito faldero; / despeinado y dulce, / claro y amarillo: ese sol con sueño / que sigue a los niños..." (Reyes, 1932).

Este mundo está habitado por niños, niñas –a quienes sigue el sol (si que valdría la pena apreciarlo). Por quienes el gran astro... "salta() de patio en patio... aunque (los adultos) le espanten con la escoba, (no obstante) la mañana siguiente ya está (...) otra vez (con ellos), despeinado y dulce, claro y amarillo... A. Reyes, cual todo un poeta, presintió la conexión cósmica del niño, y acentuó en su poema... "el fuego de mayo / me armó caballero; / yo era el niño andante, / y el sol, mi escudero" (Reyes, 1932).

Todo un Quijote poético, noble, y hermoso –caballero- es el niño en esta tierra. Todo un soñador de alto vuelo, cuyo valor primordial es el amor a la libertad, a la vida, y con las cualidades propicias para defen-

derle, integridad, solidaridad, justicia, generosidad. Ingenioso hidalgo capaz de “enloquecer” de tanto añorar un mundo perdido, un mundo de libertad, de amor fraterno, y de paz. Y, aún más, capaz de plantearle cara al tristísimo mundo justo desde la generosidad y el amor a la libertad. Y todo ello, aliado con su mejor compañero, su escudero, el mismísimo sol.

Quizá se podría pensar, pero cómo, si un niño es sólo un niño, cómo plantearle como un hidalgo luchador (justo, no en el modo esperado en el mundo frontal), por la libertad, el amor, y la paz. Evidentemente, para el mundo, no parece claro. Las condiciones para no vaciar la cabeza del fardo de piedras, y no abrir el corazón –y entonces ver-, son muchos. Empero, bastaría encontrarse frente a frente con la luz de sol reflejada en la mirada de un niño. Bastaría con pre-sentir porque está en el mundo. Bastaría con apreciar el valor que su vida, tiene para la humanidad.

Y entonces todo sería claro –como la luz de sol. Apreciar el porque por esa hermosa vida, “todo el cielo (es) de añil; / toda la casa (que es esta tierra), de oro. / ¡Cuánto sol se (...) met(e) por los ojos! / ...” (Reyes, 1932) si, así cantan niños y niñas. Así que vale tenerles por maestros y maestras nuestros(as), si así fuera, no conoceríamos sombras, sólo resplandor, (seguimos aquí en parafraseo del *Sol de Monterrey* de nuestro maestro-poeta), y cada ventana sería sol... E incluso, el mundo en lugar de fronteras sólo tendría arcos de luz. Porque justo en su corazón resplandecería el mismísimo sol, y su inagotable luz.

Y como el sol, la infancia, cual poesía que canta, es cósmico tesoro, y no se cansa –de ser la esperanza del mundo. Su belleza es así, un sueño feliz, reflejado en el rostro de cada niño que sonrío y juega. Justo porque la infancia –como el sol- es lo que es bello. Belleza que inunda la tierra, que se hace patente en la sonrisa de niños y niñas, en su mirada de radiante sol. Belleza que revela la gracia –de la infancia.

Gracia tangible en la bondad para el mundo de aquél caballero que tiene por escudero al sol. Ahora que la bondad es, recordemos con M. Herrero, ese “...bosque de hayas dibujado sobre una alfombra de seda que revolotea al ritmo de una flauta mágica” (Herrero, 2010). Alfombra mágica en la que

niños y niñas juegan porque “tan colmados están de ver el sol cada mañana que les rebosa la alegría y necesitan esparcirla como la primavera” (Herrero, 2010). Bondad que entonces relumbra en sus ojos. En su mirada clara, transparente, luminosa –como el sol.

Luminosa, cristalina es la mirada de nuestros niños y niñas. Mirada azul, verde, negro, café de cristal, mirada que “amanece fresca”, porque es “agua del corazón” (Ochoa, 2002, 184). Niños y niñas tienen los ojos tan vivos (como los santos y místicos; Francisco de Asís y Teresa de Calcuta, v.gr.), tanto que el mundo parece más cálido en su presencia. No hay duda, la mirada de niños y niñas destellan misterio; el misterio de la bondad. De la luz diamantina procedente de un don muy propio, el don de su corazón.

La humanidad podría asomar un poco sus antenas... y presentir la bondad de corazón tan propia de la vida de niños y niñas. Con ese presentimiento podría darse el encuentro y entonces la gran búsqueda de la humanidad, se coronaría de paz. Ah, la bondad, ojalá la humanidad no se la negara jamás. Viene gratis, como la vida... Y quienes nos lo recuerdan cada instante, al nacer, por ej., son nuestros más jóvenes maestros y maestras, niños y niñas, generosos hidalgos del amor, y del sol.

La vida de niños y niñas es canto de sol, es regalo celestial. De apreciarlo no harían falta las ideologías. Porque con este regalo la humanidad podría <restaurar sus colores con brillos nuevos y pintaría sus ojos de alegría>. Les podría llenar de sol. De luz brillante, radiante tal cual la bondad del caballero andante, el niño, quien no pudo elegir mejor escudero –que al sol.

La bondad de niños y niñas todo lo armoniza, y de modo incondicional. Con ella la vida se llena de paz. Gran mensaje para la humanidad trae cada niño, niña que recién ha llegado al mundo, mensaje que <brilla con un inocente, con un original rocío>. Mensaje de la gracia, de la bondad, que cual poesía puede revelarse luminosamente en cada cual. El mensaje para la humanidad es aquel que le llevaría a ya no acogerse al miedo para sobrevivir, a ya no olvidar que es del corazón del que se ha de asir.

La infancia es belleza, es paz del corazón y, entonces, armonía misteriosamente inaudible. Por ello, es energía inagotable, amor juguetero procedente de su sereno corazón. Amor juguetero es cada niño, niña que ha llegado al mundo, amor travieso que sólo vino para amar, jugar y *sonreír*; bella misión de niños y niñas. Por ello, sus juegos son fiesta real, donde los invitados de honor –al banquete de la alegría- son sus padres, sus profesores, la humanidad entera.

El banquete de alegría que niños y niñas convidan al mundo, tiene un fin: transmutar la tristeza de este mundo. Fin que proyecta la posibilidad de una humanidad luminosa, que sea lo que niños y niñas son: luz, magia cósmica que juega, canta, baila y sonríe. A niños y niñas les encanta hacer felices a sus seres amados, les fascina la armonía, la salud, la dicha, la sonrisa. Porque son el sol por el que la vida brilla.

Justo por lo anterior, la infancia es maravilla. La infancia es acontecimiento vital en este mundo, porque niños, niñas llegan a él para procurar el cuidado de la comunidad humana. La infancia viene a procurar la vuelta a sí y a los demás –por parte de la humanidad adulta. La vuelta de la humanidad a su infancia. A esto insta la maravilla de la infancia... a la reinscripción de la verdad, la bondad y la belleza en este mundo.

Niños y niñas son el sol por el que la vida brilla, porque incluso en sus travesuras los niños tienen un fin, hacer *sonreír* al mundo, llenarlo de luz, en especial, ahí donde la desilusión, el crimen, la mentira, el desfalco, la política totalitaria son banderas. Las sonrisas traviesas de niños y niñas tienen el propósito de convertir el mundo de la incomprensión, de la apatía, del miedo, de la incomunicación, del desgano, de la indiferencia, del desánimo, en bello jardín. Convertir al mundo de la muerte fría, en un mundo con vida, con entusiasmo, con júbilo creador.

Los niños, los principitos de este mundo, anhelan un nuevo planeta. Por ello, uno tras otro, viene(n) a crear un mundo de Amor. Un mundo en el que la economía de los unos no se sobreponga a la de los otros –sino una solidaria, con la cual la humanidad cuida de sí. En el que la justicia no sea cuestión de porcentaje, de reciprocidad o equivalencia en po-

sitivo o negativo, no formal, sino poética, amorosa. Un mundo no de miseria, explotación, abuso material o ‘espiritual’, sino de solidaridad, fraternidad, y paz. Los niños, las niñas anhelan un mundo saludable, radiante, en el que quepa jugar, jugar y jugar.

El mundo de los niños, el cual a diario re-crean es el de la alegría. De la esperanza, la justicia, la confianza, la solidaridad. Un mundo de misericordia, justo con una humanidad contenta. Ese mundo encantador es mágico, luminoso, dorado como el sol. Pleno de la maravillosa portentosa amorosa de la creación. Los niños son creadores de movimientos, de lenguajes, de juegos. Son creadores de alegría, y entonces, de vida, ni más, ni menos. En ello está el portento, el prodigio, en otras palabras, su sencillez. Su sagrada y espiritual inocencia.

Crear alegría es el quehacer permanente de la infancia. Es su tarea de vida, es su misión dorada –como la de Neruda (apreciamos en el primer párrafo). Niños y niñas, ángeles de amor, magistrales educadores de la humanidad. ¡Que re-versión! ¡Qué revolución trae consigo la vida bella de la infancia! Infancia –enigma incapturable. Espíritu libre. Espíritu de Amor, sin condición. Sí, amor incondicionado es la infancia, he ahí la gracia. Gracia, hermosa verdad. Belleza en la que brilla el corazón infantil. Maravilla estelar con la que relumbra la luz –del amor, la luz del sol. Oro puro del espíritu. Oro puro que desde la altura, baja del azul, a envolvernos en su luz.

Niños y niñas amparan al mundo (y no viceversa) Maravilla estelar es la infancia y como tal, es más que potencia, es la real posibilidad de que el hombre (como el niño) “...vuelque su mirada hacia las estrellas, recobre el encanto de la fantasía y regrese al lenguaje del amor y de la belleza”. Efectivamente, la infancia cual poesía que canta a la tierra que da vida, al brillante cielo de luz, y al sol que ilumina el día, prodiga su amparo al mundo, sostiene con vida a la humanidad.

Y si la humanidad volviese, con respeto, la mirada hacia el mundo infantil, se encontraría con esa verdad, se le revelaría el misterio profundo que envuelve a niños y niñas. Y al retornar sobre sí, podría recuperar la infancia, su propia infancia perdida (en los avatares biopolíticos, crematísticos, epistémicos

de este mundo). Maravilla para la humanidad sería reencontrarse con la belleza, la gracia de la infancia.

No hay duda, el reencuentro de la infancia, transfiguraría el desierto humano en un manantial de sentido. Notable en la sobreabundancia y sobreplenitud de la donosura personal, en la mirada cálida procedente del corazón, en el asombro frente al misterio de todo lo que es. El reencuentro (en y) con el enigma de la infancia haría que la humanidad adulta hallara al fin lo que le falta a <su máquina>, o mejor dicho a su vida. Y ¿qué le falta a la vida adulta? Sencillamente, vida.

Sí, la noche desértica de la humanidad desaparece (cabría apreciarlo) al romper el día de la infancia, al iluminarse con la salida del sol que llega con el nacimiento de niños y niñas en esta tierra. Natalidad poética por la cual la humanidad adulta “se llena de sol” –vale acentuar. Sí, la presencia de niños y niñas en el mundo hace que éste se llene de luminosidad y color. Porque la ternura de la infancia disipa la soledad, la desolación, la tristeza del mundo. Por ello M. de Unamuno también decía: “Vuelvo a ti, mi niñez como volvía / a tierra a recobrar fuerzas... / De mi vida en la senda eres la guía / que me apartas de todo devaneo, / Purificas en mi todo deseo / Eres el manantial de mi alegría” (Unamuno, en Chaguaceda, 2008, p. 23).

La infancia es canto, belleza, júbilo, alegría, es luz que ilumina el día de la humanidad. Con tal claridad, la humanidad tan llena de vacío, tan apegada a la razón (económica-política y epistémica) –cuál si fuera su único y último asidero-, puede volver a ver, al fin, lo esencial. Justo aquello que es invisible a los ojos, porque sólo se ve (al decir del *Principito*) con el corazón. La humanidad sobrevive asida a un motor fracturado, sinsentido, empero la infancia puede devolverle la posibilidad de re-crearlo. La mirada de sol de niños y niñas, es lección de corazón y va directo al corazón humano.

*Sólo se ve bien con el corazón* esta es la gran enseñanza de niños y niñas para el mundo. ¿Por qué no corresponderles? Porque no ver en ellos, lo que realmente son, Artistas-Creadores de Vida, Maestros de la humanidad, Maestros de Vida. Y justo entonces dejar de reducirles a simples niños en desarrollo,

a capitales en potencia u objetos-sujetos de estudio. Por qué no ver que no son ellos –simplemente- quienes están en desamparo, sino el mundo entero. Y que dado esto, ellos vienen una y otra vez, no cómo pequeños súbditos, como aprendices o exploradores, sino que justo llegan para amparar, proteger, sembrar y cultivar amor sobre la tierra.

No, la infancia no es masa informe en desamparo, ni simple reservorio biopolítico. La infancia es canto de vida, y como tal, poesía. Poesía incapturable. Serenidad de lo inacabable. Volver la mirada hacia la infancia, es apertura a lo invisible. Es la mirada que vuelca al interno recinto del corazón. Y este descenso a lo originario nos lleva de vuelta a aquel momento que no sabe de tiempos pasados, ni futuros. Nos reubica en el acontecer puro, en la hermosa epifanía del instante. Justo ahí en el “...espacio intermedio entre el mundo y el juguete, / en (el) lugar que desde el principio / fue fundado para el puro acontecer” (Rilke, 1987, p. 84, en Castro, 2000, p. 45).

Ese lugar buscado, <se lleva en el corazón>, justo el lugar que tiene que ver con las más fascinantes alegrías. En la infancia éstas acaecen una y otra vez para gloria de la tierra, del cielo, del sol. Y así para la salud del mundo. Y es así porque “los niños viven en una especie de eternidad, como fuera del tiempo, miran lo Abierto como algo aún no organizado en un mundo, aún no dividido y clasificado. Sus vivencias son como un respirar, como una interiorización calma y no posesiva, aún no consciente, ni selectiva” (Larrosa, 2000, p. 114) “¡Oh horas de la infancia...!” rememoraba Rilke. Oh, infancia poética lo que has venido a mostrarnos. Oh, niñas y niños del mundo. Oh poetas infantes que pueden <mirar lo Abierto> e imbricarse en su misterio.

Oh poetas niños. Oh, niños poetas –adelantados en cuestiones del alma-, dado que se nutren de fuentes que todavía no han abierto las ciencias. Oh, niños artistas, oh, artistas niños. Oh, Maestros de Vida. ¿Quién(es) podrán mostrarnos quienes son Ustedes? Sólo otro niño, sólo un poeta, sólo otro Maestro de Vida, como bien lo hizo P. Neruda, Alfonso Reyes..., y F. Pessoa. Sabido es que “Pessoa siguió siendo un niño hasta que murió, no necesitaba recordar que era niño: vivía nada más. Era un hombre que vivía muy naturalmente, es decir, vivía como

niño" (Cervantes, en Fonseca, 2006, p. 6) . Él decía, "si yo muriera joven, oíd esto: nunca fui sino un niño que jugaba" (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 11)<sup>7</sup>.

Sí, sólo un niño, una niña, puede hablar de otro niño, otra niña, porque cual niño o niña es poeta, es artista, más aún, es Maestro de Vida, Maestro de Corazón –limpio, transparente, puro y sabio, y extraordinariamente solidario. De ahí su sonrisa para iluminar el mundo. De ahí sus juegos, sus movimientos vitales, llenos de alegría –justo para propagarla ahí donde más hace falta. De ahí su mirada llena de ternura, plena de luz; de sol.

Por lo anterior, cabe subrayar una y otra vez, *la infancia es poesía que canta –a la tierra, al cielo y al sol*. Canto de vida, canto de amor. En efecto, niños y niñas renuevan la tierra, cantándole –con cada nacimiento-, entregándole su inagotable corazón. Corazón de cielo azul que se derrama, sin condición, para revivir al corazón de la humanidad adulta. Si bien, cabe volver atrás (por última vez) para referir aquí, que tanto, tanto se derrama que el biopoder y su razón de estado-ultra-capitalista, así como su razón epistémica, el ego mundial en suma, le perdió el respeto.

La infancia es canto de vida, sin embargo, al no poder apreciarlo, desde aquella trama genocida se le minorizó en todo ámbito, incluso en los jurídico-legales, y en los de la ciencia psicológica, pedagógica, neurológica..., se le convirtió en objeto –de estudio-, se le biopolitizó para desgarrarle el alma. La tentativa ha sido mortal, bárbara. De ahí la urgencia de volver a la infancia, de reencontrarla en su gracia, de respetarla, de admirarla, de aprender de ella.

De ahí este texto de reverencia a niños y niñas, de reconocimiento al himno que es su vida. Para que nunca más se le agreda, maltrate, violento, ni económica, ni teórica, ni legal, ni biopolítica o criminalmente. Para que no se le ponga a trabajar en las calles, ni en las grandes empresas del capital ex-

plotador, para que no se le denigre, ni su cuerpo se explote, porque el cuerpo de niños y niñas es cuerpo de Maestros, de Maestras de Vida que merecen plena reverencia, (Zapata, 2014), ni se les haga huir, migrar para recorrer –en solitario-, latitudes infinitas en los márgenes, para llegar a refugios que no lo son.

Niños y niñas merecen reverencia, porque su vida es canto de amor a la tierra que da vida, al brillante cielo de luz, y al sol que ilumina el día –de la humanidad. Por la infancia la humanidad se recupera, se inspira, se reconecta con la fuente divina. Fuente de luz no externa, no lejana. Para encontrarla hay que seguir a niños y niñas, hay que aprender con ellos, a recuperar la paz, la paz –bendita- del corazón, y entonces volver a sentir la belleza, la gracia que es la vida. Y así dejar brotar al Amor –que es todo vida-, y, así a su sabiduría.

Hermoso sería que la humanidad se acostumbrase a esa vestidura. De cielo azul, de reluciente estrella, de brillante sol. Con ello, niños y niñas, cumplirían su bella misión; la encomienda de su Espíritu de Amor. Encomienda de la tierra que da vida, del brillante azul del cielo, y del sol que ilumina el día. Misión en virtud de la cual niños y niñas de esta tierra son como el sol que siempre brilla, aunque haya nubes que tiendan a oscurecer su luz.

Así es, la infancia es fuente de luz para el mundo, para la humanidad. Luz que siempre brilla, incluso en la noche –del mundo. Incluso cuando parece que su resplandor se apaga –por aquellas contingencias que tienden a su maltrato, a su desprotección, a su desgarramiento. Aún en tal noche, la infancia –como el sol- sigue brillando. Su luz es inagotable, incapturable, ya que es la revelación del amor; la revelación de la energía más grande del universo. Energía silenciosa pero viva, resguardada, en el centro del cosmos, el corazón de eminentes Maestros(as) de la Humanidad y de la Vida; los Niños y las Niñas de esta Tierra.

---

<sup>7</sup> Sí, PESSOA fue un niño eterno. Llegar a ser adulto y preservar en el corazón la belleza, la bondad, la inocencia, la maravilla; la gracia de la infancia, es una posibilidad que la humanidad entera podría recuperar para sí

## Referencias

- Cervantes, Francisco.** Prólogo del Libro (Fonseca, Rodolfo, Selec de textos) Pessoa, *Infancia sin fin*. México: Ediciones El Naranjo, 2006.
- Castro, Fernando.** "El corazón de la infancia. Misión poética de Rilke". En *Cuadernos Hispanoamericanos*. No. 499, 1992.
- Chaguaceda, Ana.** *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su Obra*, III. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2008
- García, Alejandro.** "Soy de mi infancia como se es de un país". En *Rev. Punto de Partida*. No. 143, Fac. de Filosofía y Letras, UNAM, Méx. 2007.
- Fonseca, Rodolfo** (Selec de Textos). Pessoa, *Infancia sin fin*. México: Ediciones El Naranjo, 2006.
- Herrero, Martha.** "La bondad". *Generación Net.*, 2010
- Larrosa, Jorge.** *Pedagogía Profana. Estudios sobre el Lenguaje, Subjetividad y Formación*. Venezuela: Ediciones Novedades Educativas, UCV, 2000.
- De León, Fray Luis.** Disponible en ODA XIII – *De la Vida del Cielo - Poemas de Fray Luis de León* <http://www.poemas-del-alma.com/fray-luis-de-leon-oda-xiii---de-la-vida-del-cielo.htm#ixzz3Ic2Upb4F>
- Meza, Arturo.** *Viajero del Infinito*. México: Angelic, Gente de México, 2010.
- Mistral, Gabriela.** "Todo es ronda". En *Ternura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004.
- Neruda, Pablo.** "Oda a la fertilidad de la tierra". En *Odas Elementales*. Chile: Pehuén, 2005.  
 \_\_\_\_\_ . "Oda a la alegría". En *Odas Elementales*. Chile: Pehuén, 2005.
- Nietzsche, Friedrich.** *Estética y teoría de las artes*. Prol., Selec., y Trad. de Agustín IZQUIERDO. Madrid: Tecnos, 2001.
- Ochoa, Enriqueta.** "Marianne". En *Antología Personal*. México: Siglo XXI, Escritores Cohauilenses. Univ. Aut. de Coahuila. 2002.
- Paz, Octavio.** "Poesía de soledad y Poesía de Comunión". En *Las peras del olmo*. México: Seix Barral, 1982 (1ª. edic., 1957).
- Pessoa, Fernando.** *Tren de Cuerda. Antología de Francisco CERVANTES y Rodolfo FONSECA*. Trad. Francisco Cervantes. México: Ediciones SM, 2003.
- Pessoa, Fernando,** *Poesías Completas de Alberto Caeiro*. Versión, Prol., y Notas de Ángel CAMPOS. Valencia: Pre-textos, 2000.
- Paniagua, Luis.** "Me gusta regresarme del olvido". En *Punto de Partida*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2007.
- Rilke, Rainer María** *Elegías a Duino*. Madrid: Editorial Cátedra, 1987.
- Puentes, Sylvia.** "La poesía y el mundo infantil". Olmué Ediciones, 2004 (Disponible en <http://letras-uruguay.espaciolatino/ensayo.htm>)
- Reis, Ricardo** (Ortónimo de PESSOA, Fernando), *Drama en gente* (Antología. Sel., Trad. y Prólogo de Francisco CERVANTES. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Reyes, Alfonso.** *Sol de Monterrey*. Río de Janeiro, Brasil, 1932. Disponible en <http://www.los-poetas.com/PICTOS/reyl1.htm#SOL DE MONTERREY>
- Zapata, Jacqueline.** "Cuerpo de Amor. Cuerpo de Maestros(as) de Vida; Niños y Niñas de esta Tierra". Conferencia del 1er. Congreso CUERPO AUTOSUSTENTABLE, FES-Iztacala, UNAM, Oct., 2014.
- Zapata, Jacqueline.** *La Infancia es Poesía*. México: Co-Edición, Ceapac / Iari Edic, 2012.